EL ÁNGEL DE LO RARO

de Edgar Allan Poe



Publicado por Planet PDF. Visita el sitio para descargar ebooks de literatura, libros y novelas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial 3.0 Estados Unidos.

El Ángel de lo Raro de Edgar Allan Poe

El ángel de lo raro

Edgar Allan Poe

Era una fría tarde de noviembre. Acababa de consumar una cena inusualmente copiosa, de la cual la trufa dispepsia no formaba el artículo menos importante, y estaba sentado solo en el comedor, con los pies sobre el guardafuegos, y a mi lado una pequeña mesa que había acercado al fuego, y sobre la cual había algunas disculpas por postre, junto con algunas botellas misceláneas de vino, espíritu y licor. Por la mañana había estado leyendo "Leonidas" de Glover, "Epigoniad" de Wilkie, "Peregrinación" de Lamartine, "Columbiad" de Barlow, "Sicilia" de Tuckermann, y "Curiosidades" de Griswold; estoy dispuesto a confesar, por lo tanto, que ahora me sentía un poco estúpido. Hice esfuerzos para avivarme con la ayuda de frecuentes Lafitte, y, al fallar todo, recurrí a un periódico perdido en la desesperación. Habiendo leído cuidadosamente la columna de "casas en alquiler", y la columna de "perros perdidos", y luego las dos columnas de "esposas y aprendices fugitivos", ataque con gran resolución el material editorial, y, leyéndolo de principio a fin sin entender una sílaba, concebí la posibilidad de que fuera chino, y así lo releí del final al principio, pero sin un resultado más satisfactorio. Estaba a punto de tirarlo, con disgusto,

Este folio de cuatro páginas, feliz trabajo

Que ni siquiera los críticos critican,

cuando sentí que mi atención se despertaba algo por el párrafo que sigue:

"Las avenidas hacia la muerte son numerosas y extrañas. Un periódico de Londres menciona el fallecimiento de una persona por una causa singular. Estaba jugando a 'soplar el dardo', que se juega con una aguja larga insertada en algo de estambre y soplada hacia un objetivo a través de un tubo de hojalata. Colocó la aguja en el extremo equivocado del tubo y, al inhalar fuertemente para soplar el dardo hacia adelante con fuerza, atrajo la aguja hacia su garganta. Entró en los pulmones y en pocos días lo mató."

Al ver esto, entré en una gran rabia, sin saber exactamente por qué. "Esto", exclamé, "es una falsedad despreciable, una pobre broma, los sedimentos de la invención de algún miserable escritor de peniques, de algún desdichado concoctor de accidentes en Cucagna. Estos sujetos, conociendo la extravagante credulidad de la época, ponen a trabajar su ingenio en la imaginación de posibilidades improbables, de accidentes extraños, como los llaman; pero para un intelecto reflexivo (como el mío", agregué, entre paréntesis, poniendo mi dedo índice inconscientemente al lado de mi nariz), "para un entendimiento contemplativo como el que yo poseo, parece evidente de inmediato que el maravilloso aumento de los últimos tiempos en estos 'accidentes extraños' es, de lejos, el accidente más extraño de todos. Por mi parte, tengo la intención de no creer nada de aquí en adelante que tenga algo de 'singular' en ello.

"Mein Gott, entonces, ¡qué tonto eres por eso!" respondió una de las voces más notables que jamás he escuchado. Al principio lo tomé por un zumbido en mis oídos, como a veces experimenta un hombre cuando se emborracha mucho, pero, tras pensarlo mejor, consideré el sonido más bien como el que procede de un barril vacío golpeado con un palo grande; y, de hecho, esto habría concluido que era, de no ser por la articulación de las sílabas y palabras. No soy de los que se ponen nerviosos fácilmente, y las muy pocas copas de Lafitte que había bebido me habían envalentonado un poco, por lo que no sentí

nada de temor, sino que simplemente levanté los ojos con un movimiento pausado y miré cuidadosamente alrededor de la habitación en busca del intruso. Sin embargo, no pude percibir a nadie en absoluto.

"Humph!" retomó la voz, mientras continuaba mi inspección, "debes estar tan borracho como un cerdo, entonces, por no verme mientras estoy aquí sentado a tu lado."

En este momento, se me ocurrió mirar justo delante de mi nariz, y allí, efectivamente, enfrentándome en la mesa, se sentaba una figura indescriptible, aunque no del todo indescriptible. Su cuerpo era un barril de vino, o un tonel de ron, o algo de ese carácter, y tenía un aire verdaderamente falstaffiano. En su extremidad inferior se insertaban dos barriles, que parecían cumplir con todos los propósitos de piernas. Por brazos, colgaban de la parte superior del cuerpo dos botellas bastante largas, con los cuellos hacia afuera a modo de manos. Todo lo que vi de cabeza que el monstruo poseía era una de esas cantimploras hessianas que se parecen a una gran caja de rapé con un agujero en el medio de la tapa. Esta cantimplora (con un embudo en su parte superior, como un sombrero de caballero inclinado sobre los ojos) estaba colocada de canto sobre el tonel, con el agujero hacia mí; y a través de este agujero, que parecía fruncido como la boca de una anciana muy precisa, la criatura estaba emitiendo ciertos ruidos de gruñidos y murmullos que evidentemente pretendía que fueran charla inteligible.

"Yo digo," dijo él, "tú debes estar borracho como un cerdo, por sentarte ahí y no verme sentado aquí; y yo digo, también, tú debes ser un tonto más grande que un ganso, por descreer lo que está impreso. 'Es la verdad, eso es—cada palabra de ello."

"¿Quién eres, por favor?" dije yo, con mucha dignidad, aunque algo desconcertado; "¿cómo llegaste aquí? y ¿de qué estás hablando?"

"En cuanto a cómo llegué aquí," respondió la figura, "eso no es asunto tuyo; y en cuanto a de qué estoy hablando, hablo de lo que

me parece apropiado; y en cuanto a quién soy, pues eso es precisamente por lo que vine aquí, para que lo veas por ti mismo."

"Eres un vagabundo borracho," dije, "y voy a tocar el timbre y ordenar a mi criado que te eche a la calle."

"¡Ja! ¡ja! ¡ja!" dijo el sujeto, "¡hu! ¡hu! ¡hu! eso no puedes hacerlo."

"¿No puedo hacer qué?" dije yo, "¿a qué te refieres?"

"Tocar el timbre," respondió, intentando una sonrisa con su pequeña boca maliciosa.

Ante esto, hice un esfuerzo por levantarme, con el fin de ejecutar mi amenaza; pero el rufián simplemente se inclinó sobre la mesa muy deliberadamente, y dándome un golpecito en la frente con el cuello de una de las botellas largas, me tumbó de nuevo en el sillón del que me había medio levantado. Estaba completamente atónito; y, por un momento, estaba bastante perdido sobre qué hacer. Mientras tanto, él continuó su charla.

"Ves," dijo él, "es mejor que te quedes quieto; y ahora sabrás quién soy. ¡Mírame! ¡Mira! Soy el Ángel de lo Raro."

"Y lo suficientemente extraño, también," me atreví a responder; "pero siempre estuve bajo la impresión de que un ángel tenía alas."

"¡Las alas!" exclamó, muy ofendido, "¿qué haría yo con alas? ¡Mi Dios! ¿me tomas por un pollo?"

"No, oh, no!" respondí, muy alarmado, "definitivamente no eres un pollo."

"Bien, entonces, quédate quieto y compórtate, o te golpearé otra vez con mi puño. Es el pollo el que tiene alas, y el búho el que tiene alas, y el diablillo el que tiene alas, y el mismo diablo el que tiene alas. Los ángeles no tienen alas, y yo soy el Ángel de lo Raro."

"Y tu asunto conmigo en este momento es—es—"

!

"¡Mi asunto!" exclamó la cosa, "vaya, qué cachorro tan mal educado debes ser para preguntar a un caballero y a un ángel sobre su asunto."

Este lenguaje fue algo más de lo que podía soportar, incluso de un ángel; así que, recobrando el valor, agarré un salero que estaba al alcance y lo lancé contra la cabeza del intruso. Sin embargo, o él esquivó, o mi puntería fue inexacta; porque todo lo que logré fue la demolición del cristal que protegía la esfera del reloj sobre la repisa de la chimenea. En cuanto al Ángel, demostró su sentido de mi asalto dándome dos o tres golpes fuertes y consecutivos en la frente como antes. Estos me redujeron de inmediato a la sumisión, y casi me avergüenza confesar que, ya sea por el dolor o la vexación, vinieron unas pocas lágrimas a mis ojos.

"¡Mi Dios!" dijo el Ángel de lo Raro, aparentemente mucho más suavizado ante mi angustia; "¡Mi Dios, el hombre está o muy borracho o muy triste. No debes beberlo tan fuerte—debes ponerle agua al vino. Aquí, bebe esto, como un buen chico, y ahora no llores —¡no!"

A continuación, el Ángel de lo Raro rellenó mi copa (que estaba a un tercio llena de Oporto) con un líquido incoloro que vertió de una de sus botellas de mano. Observé que estas botellas tenían etiquetas alrededor de sus cuellos, y que estas etiquetas estaban inscritas "Kirschenwasser."

La considerada amabilidad del Ángel me suavizó no poco; y, ayudado por el agua con la que diluyó mi Oporto más de una vez, finalmente recuperé suficiente temple para escuchar su discurso extraordinariamente extraordinario. No puedo pretender relatar todo lo que me dijo, pero lo que deduje de sus palabras es que él era el genio que presidía los contratiempos de la humanidad, y cuya tarea era provocar los accidentes extraños que continuamente asombran al escéptico. Una o dos veces, al aventurarme a expresar mi total incredulidad respecto a sus pretensiones, se enojó mucho de verdad, de modo que al final consideré que era una política más sabia no decir nada en absoluto, y dejar que tuviera su camino. Por lo tanto,

habló largo y tendido, mientras yo simplemente me recostaba en mi silla con los ojos cerrados, y me entretenía comiendo pasas y lanzando los tallos por la habitación. Pero, de repente, el Ángel interpretó esta conducta mía como desprecio. Se levantó en una terrible pasión, echó su embudo hacia abajo sobre sus ojos, juró un vasto juramento, emitió una amenaza de algún carácter que no comprendí precisamente, y finalmente me hizo una reverencia baja y se marchó, deseándome, en el lenguaje del arzobispo en Gil-Blas, "mucho felicidad y un poco más de sentido común."

Su partida me proporcionó alivio. Las muy pocas copas de Lafitte que había sorbido tuvieron el efecto de inducirme somnolencia, y sentí inclinación por tomar una siesta de unos quince o veinte minutos, como es mi costumbre después de cenar. A las seis tenía una cita importante, que era absolutamente indispensable que cumpliera. La póliza de seguro de mi casa había expirado el día anterior; y, habiendo surgido alguna disputa, se acordó que a las seis debería reunirme con el consejo de directores de la compañía y establecer los términos de una renovación. Mirando hacia el reloj en la repisa de la chimenea (pues me sentía demasiado somnoliento para sacar mi reloj), tuve el placer de descubrir que todavía me sobraban veinticinco minutos. Eran las cinco y media; podía llegar fácilmente a la oficina de seguros en cinco minutos; y mis siestas postprandiales habituales nunca habían excedido de veinticinco. Por lo tanto, me sentí suficientemente seguro y me dispuse a dormir de inmediato.

Habiendo completado mi siesta a mi satisfacción, volví a mirar hacia el reloj, y estaba medio inclinado a creer en la posibilidad de accidentes extraños cuando descubrí que, en lugar de mis habituales quince o veinte minutos, solo había dormido tres; pues aún faltaban veintisiete minutos para la hora acordada. Me dispuse nuevamente a dormir, y finalmente desperté por segunda vez, cuando, para mi asombro total, todavía faltaban veintisiete minutos para las seis. Me levanté para examinar el reloj y descubrí que había dejado de funcionar. Mi reloj de pulsera me informó que eran las siete y media; y, por supuesto, habiendo dormido dos horas, llegaba demasiado

tarde para mi cita. "No importará", dije; "puedo pasar por la oficina por la mañana y disculparme; mientras tanto, ¿qué le pasa al reloj?" Al examinarlo descubrí que uno de los tallos de uva pasa que había estado lanzando por la habitación durante el discurso del Ángel de lo Raro había volado a través del cristal roto y, alojándose de manera singular en el agujero de la llave, con un extremo sobresaliendo hacia afuera, había detenido así la revolución de la manecilla de los minutos.

"¡Ah!" dije; "Ya veo cómo es. Esto se explica por sí mismo. Un accidente natural, como sucede de vez en cuando."

No le di más consideración al asunto y a mi hora habitual me retiré a la cama. Aquí, habiendo colocado una vela en un soporte para leer en la cabecera de la cama, e intentado leer algunas páginas de "La omnipresencia de la Deidad", desafortunadamente me quedé dormido en menos de veinte segundos, dejando la luz encendida como estaba.

Mis sueños fueron terriblemente perturbados por visiones del Ángel de lo Raro. Me pareció que estaba al pie de la cama, corría las cortinas y, en los tonos huecos y detestables de un tonel de ron, me amenazaba con la más amarga venganza por el desprecio con el que lo había tratado. Concluyó una larga perorata quitándose el embudo de la cabeza, insertando el tubo en mi garganta y así inundándome con un océano de Kirschenwasser, que vertía en un flujo continuo desde una de las botellas de cuello largo que le servían de brazo. Mi agonía finalmente fue insoportable, y desperté justo a tiempo para percibir que una rata había huido con la vela encendida del soporte, pero no a tiempo para impedir su escape con ella a través del agujero. Muy pronto, un fuerte olor sofocante asaltó mis fosas nasales; claramente percibí que la casa estaba en llamas. En unos minutos, el fuego se desató con violencia y en un periodo increíblemente breve el edificio entero estaba envuelto en llamas. Todo escape de mi habitación, excepto a través de una ventana, estaba cortado. La multitud, sin embargo, rápidamente consiguió y levantó una larga escalera. Por medio de esta estaba descendiendo

rápidamente y en aparente seguridad, cuando un enorme cerdo, cuyo estómago redondo y, de hecho, cuyo aire y fisonomía entera, me recordaban al Ángel de lo Raro,—cuando este cerdo, digo, que hasta entonces había estado durmiendo tranquilamente en el lodo, decidió de repente que su hombro izquierdo necesitaba rascarse, y no pudo encontrar un poste para rascarse más conveniente que el proporcionado por el pie de la escalera. En un instante fui precipitado y tuve la desgracia de fracturarme el brazo.

Este accidente, junto con la pérdida de mi seguro y con la pérdida más grave de mi cabello, todo el cual había sido chamuscado por el fuego, me predispuso a impresiones serias, de modo que, finalmente, decidí tomar esposa. Había una viuda rica desconsolada por la pérdida de su séptimo esposo, y a su espíritu herido ofrecí el bálsamo de mis votos. Ella otorgó un consentimiento reacio a mis súplicas. Me arrodillé a sus pies en gratitud y adoración. Ella se sonrojó y dobló su cabellera lujosa en contacto cercano con aquellas que me habían sido suministradas temporalmente por Grandjean. No sé cómo ocurrió el enredo, pero así fue. Me levanté con una calva brillante, sin peluca, ella con desdén e ira, medio enterrada en cabello ajeno. Así terminaron mis esperanzas con la viuda por un accidente que, ciertamente, no podría haberse anticipado, pero que la secuencia natural de eventos había provocado.

Habiendo completado mi siesta a mi satisfacción, volví a mirar hacia el reloj, y estaba medio inclinado a creer en la posibilidad de accidentes extraños cuando descubrí que, en lugar de mis habituales quince o veinte minutos, solo había dormido tres; pues aún faltaban veintisiete minutos para la hora acordada. Me dispuse nuevamente a dormir, y finalmente desperté por segunda vez, cuando, para mi asombro total, todavía faltaban veintisiete minutos para las seis. Me levanté para examinar el reloj y descubrí que había dejado de funcionar. Mi reloj de pulsera me informó que eran las siete y media; y, por supuesto, habiendo dormido dos horas, llegaba demasiado tarde para mi cita. "No importará", dije; "puedo pasar por la oficina por la mañana y disculparme; mientras tanto, ¿qué le pasa al reloj?" Al examinarlo descubrí que uno de los tallos de uva pasa que había

estado lanzando por la habitación durante el discurso del Ángel de lo Raro había volado a través del cristal roto y, alojándose de manera singular en el agujero de la llave, con un extremo sobresaliendo hacia afuera, había detenido así la revolución de la manecilla de los minutos.

"¡Ah!" dije; "Ya veo cómo es. Esto se explica por sí mismo. Un accidente natural, como sucede de vez en cuando."

Sin embargo, sin desesperar, me dispuse al asedio de un corazón menos implacable. Los destinos fueron nuevamente propicios por un breve período; pero nuevamente un incidente trivial interfirió. Al encontrarme con mi prometida en una avenida repleta de la élite de la ciudad, me apresuraba a saludarla con una de mis reverencias mejor consideradas, cuando una pequeña partícula de alguna materia extraña alojada en la esquina de mi ojo, me dejó, por el momento, completamente ciego. Antes de que pudiera recuperar la vista, la dama de mi amor había desaparecido—irreparablemente ofendida por lo que eligió considerar mi grosería premeditada al pasar junto a ella sin saludar. Mientras yo estaba desconcertado por la repentina ocurrencia de este accidente (que, no obstante, podría haberle ocurrido a cualquiera bajo el sol), y mientras todavía seguía incapaz de ver, fui abordado por el Ángel de lo Raro, quien me ofreció su ayuda con una cortesía que no tenía motivos para esperar. Examinó mi ojo desordenado con mucha gentileza y habilidad, me informó que tenía una "gota" en él y (sea lo que fuese una "gota") la extrajo, proporcionándome alivio.

Ahora consideraba que era hora de morir, (ya que la fortuna había decidido perseguirme), y en consecuencia me dirigí al río más cercano. Aquí, despojándome de mi ropa, (pues no hay razón por la que no podamos morir como nacimos), me lancé de cabeza a la corriente; siendo el único testigo de mi destino un solitario cuervo que había sido seducido a comer maíz empapado en brandy, y por lo tanto se había tambaleado lejos de sus compañeros. No bien había entrado en el agua cuando este pájaro decidió volar llevándose la parte más indispensable de mi atuendo. Posponiendo, por lo tanto,

mi diseño suicida por el momento, simplemente metí mis extremidades inferiores en las mangas de mi abrigo, y me dediqué a la persecución del ladrón con toda la agilidad que el caso requería y las circunstancias permitían. Pero mi destino adverso me seguía aún. Mientras corría a toda velocidad, con la nariz alzada en el aire y atento solo al usurpador de mi propiedad, de repente percibí que mis pies ya no descansaban sobre terra firma; de hecho, me había lanzado por un precipicio, y habría sido inevitablemente hecho pedazos, de no ser por mi buena fortuna al agarrar el extremo de una larga cuerda guía, que descendía de un globo aerostático que pasaba.

Tan pronto como recuperé suficientemente mis sentidos para comprender el terrífico predicamento en el que me encontraba o más bien colgaba, ejercí todo el poder de mis pulmones para hacer conocido ese predicamento al aeronauta que estaba sobre mí. Pero durante mucho tiempo me esforcé en vano. O el tonto no podía, o el villano no quería percibirme. Mientras tanto, la máquina se elevaba rápidamente, mientras mi fuerza fallaba aún más rápidamente. Pronto estuve a punto de resignarme a mi destino y soltarme tranquilamente al mar, cuando mi ánimo se reavivó de repente al escuchar una voz hueca desde arriba, que parecía estar tarareando perezosamente una aria de ópera. Al mirar hacia arriba, percibí al Ángel de lo Raro. Estaba apoyado con los brazos cruzados sobre el borde de la cesta, y con una pipa en la boca, de la cual soplaba con pereza, parecía estar en excelentes términos consigo mismo y con el universo. Estaba demasiado exhausto para hablar, así que simplemente lo miré con aire suplicante.

Durante varios minutos, aunque me miró directamente a la cara, no dijo nada. Al fin, retirando cuidadosamente su pipa meerschaum de la derecha a la izquierda de su boca, se dignó a hablar.

"¿Quién eres tú?" preguntó, "¿y qué demonios estás haciendo ahí?"

A esta pieza de impudencia, crueldad y afectación, solo pude responder exclamando el monosílabo "¡Ayuda!"

"¡Ayuda!" repitió el rufián—"no yo. Ahí está la botella—ayúdate a ti mismo, y al diablo con ello!"

Con estas palabras dejó caer una pesada botella de Kirschenwasser que, cayendo precisamente sobre la corona de mi cabeza, me hizo imaginar que mis cerebros habían sido completamente deshechos. Impresionado con esta idea, estaba a punto de soltar mi agarre y rendir el espíritu con buena gracia, cuando fui detenido por el grito del Ángel, quien me ordenó que me mantuviera firme.

"¡Mantén firme!" dijo; "no te apresures—no lo hagas. ¿Querrás tomar la otra botella, o ya te has sobrepasado y vuelto en tus sentidos?"

Me apresuré, a partir de esto, a mover mi cabeza dos veces—una en negativo, significando con ello que preferiría no tomar la otra botella por el momento—y una vez en afirmativo, intentando así implicar que estaba sobrio y había vuelto definitivamente en mis sentidos. Con estos medios, de alguna manera suavicé al Ángel.

"¿Y crees, entonces," preguntó, "al final? ¿Crees, entonces, en la posibilidad de lo extraño?"

Volví a mover mi cabeza en señal de asentimiento.

"¿Y crees en mí, el Ángel de lo Raro?"

Moví la cabeza nuevamente.

"¿Y reconoces que estabas completamente borracho y eres un tonto?"

Moví la cabeza una vez más.

"Pon tu mano derecha en el bolsillo del pantalón izquierdo, entonces, en señal de tu completa sumisión al Ángel de lo Raro."

Por razones muy obvias, encontré esto completamente imposible de hacer. En primer lugar, mi brazo izquierdo se había roto en mi caída de la escalera, y, por lo tanto, si hubiera soltado mi agarre con la mano derecha, tendría que haberlo soltado por completo. En

segundo lugar, no podía tener pantalones hasta que encontrara al cuervo. Por lo tanto, me vi obligado, muy a mi pesar, a mover mi cabeza en señal de negación—intentando así hacerle entender al Ángel que me resultaba inconveniente, justo en ese momento, cumplir con su demanda tan razonable. Sin embargo, no bien había dejado de mover mi cabeza cuando-

"¡Ve al diablo entonces!" rugió el Ángel de lo Raro.

Al pronunciar estas palabras, pasó un cuchillo afilado por la cuerda guía por la cual estaba suspendido, y como en ese momento precisamente estábamos sobre mi propia casa, (que, durante mis peregrinaciones, había sido hermosamente reconstruida,) ocurrió que caí de cabeza por la amplia chimenea y aterricé en el hogar del comedor.

Al volver en mí, (pues la caída me había aturdido completamente,) descubrí que eran aproximadamente las cuatro de la mañana. Yacía extendido donde había caído del globo. Mi cabeza se revolcaba en las cenizas de un fuego extinguido, mientras mis pies reposaban sobre los restos de una pequeña mesa volcada, y entre los fragmentos de un postre misceláneo, mezclado con un periódico, algunos vidrios rotos y botellas destrozadas, y una jarra vacía del Schiedam Kirschenwasser. Así se vengó el Ángel de lo Raro.